

CARMEN SANTOS

Las cosas de la melancolía



Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Carmen Santos Sacristán, 2023.

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-18945-78-6

Depósito legal: M-25.206-2023

Printed in Spain

*Para Avelino y Daniel,  
como todo lo que escribo.  
Porque son mis chicos de oro.*



Acabo de despedirme de mi perro. Tengo cincuenta años. Estoy sola.

Salí de la consulta del veterinario rumiando estas tres frases entre amargura y lágrimas contenidas. Las manos me quemaban. Bajé la vista. El arnés de Fred aún colgaba lacio entre mis dedos recordándome que nadie me iba a recibir con alborozo cuando llegara a casa. Ni esa noche ni las siguientes. Lo tiré a una papelera que encontré al lado de mi coche. Abrí con el mando a distancia, me dejé caer en el asiento y puse el móvil en modo silencioso. No quería saber nada del mundo. En la pugna que llevábamos las lágrimas y yo desde que vi a Fred conciliar el sueño eterno sobre la pulcra camilla de Fermín, acabaron venciendo ellas. Siempre son las más fuertes. Rompí a sollozar sin importarme lo que pudieran pensar de mí los transeúntes que se apresuraban por la concurrida calle. Lloré como no lloré cuando murió papá ni cuando rompí con Zaro tras una convivencia de más de tres lustros. Ni siquiera cuando tuve que ingresar a mamá en la residencia, tan mochales que nunca sabía si me iba a reconocer cuando acudía a verla.

Habían pasado diez años desde que saqué a Fred de la perrera para llenar el vacío que dejó Zaro al marcharse de casa tras nuestra Gran Bronca. En cuanto pisé el limbo donde los animales vegetan en el olvido, una legión de perros grandes y pequeños, lanudos y de pelo corto, regordetes y chupados se acercaron a las rejas de sus jaulas para hacerme gracietas. Yo me quedé prendada a primera vista del más flaco, negro y orejudo. El bicho se me antojó una reencarnación de Fred Astaire. Me agaché y, a través de la reja que nos separaba, le anuncié que le sacaría de allí y le llamaría Fred para que no olvidara su vida anterior en el viejo Hollywood. Él me miró con ojos amorosos. Hasta pareció sonreír. Le dije al encargado, apostado en silencio detrás de mí, que ya había hecho mi elección. Me llevaría al negro flaco de las orejas grandes. Ahora sé que fue Fred quien me eligió a mí.

Al fin se me agotaron las reservas de lágrimas. Me limpié los ojos y me soné a conciencia. En vista de mis ánimos o, más bien, de su ausencia, decidí no acudir a la librería esa tarde. No tenía el cuerpo para atender a los clientes con un mínimo de profesionalidad. Dejaría la tienda en manos de Adela, mi ayudante. Además, era viernes. Un soleado viernes de otoño que invitaba a pasear, a salir de tapas, a enamorarse, aunque solo fuera por unas horas. ¿Quién iba a encerrarse en un comercio siendo la tarde tan luminosa? Mejor me marchaba a casa, lloraba a mi amigo canino ante una copa de chardonnay dorado y le rendía su merecido homenaje viendo por enésima vez *Sombrero de copa*.

Llevaba veinte años regentando la librería que abrió papá en 1976, en plena transición política tras la muerte de Franco. Con la ayuda económica de mis abuelos, compró un local céntrico y lo transformó en un espacio acogedor, inspirado en las librerías parisinas que tanto admiraba. Con el nombre no fue tan afrancesado: llamó a su sueño Librería Cantarena, recurriendo al españolísimo apellido que nos legó a sus hijas. Un buen día, se sacó de la manga el dudoso eslogan «Librería Cantarena, su elección más serena» y lo incorporó al rótulo que aún corona la entrada. A la gente le hace gracia ese toque *vintage*, como se dice ahora. Eso me salva de tener que rascarme el bolsillo para cambiarlo por algo más moderno. Desde que arreció la crisis económica en 2012, vivir de los libros es cada día más difícil y conviene hilar muy fino en lo económico.

En realidad, yo iba destinada a dedicarme a la enseñanza. Estudié Filología Hispánica y, tras acabar la carrera, di clases de literatura en infinidad de institutos repartidos por todo Aragón. Tanta itinerancia resultaba agotadora y me obligaba a vivir lejos de Zaragoza durante meses, pero no me decidía a enclaustrarme para preparar oposiciones en busca de plaza fija como había hecho él. Al mes de morir papá, creí haber encontrado la solución a mi futuro. Mamá nunca le tuvo apego a la librería. Le gustaba leer, no vender libros. Cecilia, recién licenciada en Filología Inglesa, acababa de conseguir una beca para estudiar un año en California y no entraba en sus planes afincarse en Zaragoza. El sueño de papá corría peligro de acabar convertido en una tienda de todo a cien o en una

cafetería de superficies cromadas y colores gélidos, como se estilaba en los noventa, así que una mañana me desperté dispuesta a mantener vivo su sueño haciéndome cargo del negocio.

Me gusta trabajar rodeada de literatura, leer las novedades para conocer lo que vendo y recomendar a cada cliente lo que me dicta la intuición. Acierto casi siempre y la gente vuelve para aprovisionarse de lecturas siguiendo mis consejos. A muchos los conozco desde que empecé en el negocio. Ya son casi amigos. Envejecemos al mismo ritmo. Lo mismo ocurre con mi única empleada, que entró a trabajar con papá siendo Adelita —Deli para algunos— y ya hace años que se convirtió en Adela, sesentona divorciada desde los veinticinco tras un matrimonio fugaz, sin hijos ni pareja actual; al menos, que yo sepa.

Trabajo mucho, aunque no debería quejarme. Las ventas me dan para pagar los gastos del local, el sueldo de Adela y vivir con holgura, pero los años nos vuelven acomodaticios y añoramos algo de seguridad en las finanzas. Si pudiera retroceder en el tiempo, y sabiendo cómo acabó la ilusión colectiva de riqueza y prosperidad que nos cegó a los españoles cuando las vacas lucían gordas y lustrosas, tal vez decidiría hincar los codos como Zaro y mi hermana.

Cecilia es dieciocho meses más joven que yo. Nuestra madre se quedó embarazada de ella cuando yo aún gateaba. En lo físico somos muy distintas. Yo soy alta para ser una española nacida a finales de los sesenta, más bien flaca, aunque dotada de una pechuga nada desdeñable. Mi

cabello es rubio claro. Tengo los ojos azules. «Escandinavos», decían mis compañeros en la facultad, poniéndome ojitos golosos. «Austrohúngaros», los calificaba el redicho de Zaro. Cecilia es todo lo contrario: morena, curvosa y de iris marrón. La explicación es sencilla: ella sale a papá; yo, a mamá. Aunque eso no pueden saberlo quienes nos acaban de conocer y se sorprenden de que seamos hermanas. Antes más que ahora, todo hay que decirlo. Los años en los que Cecilia se teñía mechas rubias para tapar las canas —en eso también se manifiestan los genes de la familia paterna— y se aplicaba maquillaje más claro del que pide su piel trigueña parecía más nórdica que yo. Aunque solo de lejos. Pese a ser tan distintas físicamente, siempre hemos estado muy bien avenidas. Mi hermana lleva asentada en San Francisco más de media vida con su marido blanco, anglosajón y protestante, más los gemelos, que parecen calcos de su progenitor. Al principio, nos comunicábamos por carta, ahora por WhatsApp o Skype, pero nunca dejaré de añorar tenerla cerca.

Examiné los estragos de la llorera en el espejo retrovisor y froté con el clínex empapado algún churrete de rímel. Me repasé el carmín. De haber sabido que Fermín me recomendaría dormir a Fred, no me habría pintado los ojos. Atravesé la ciudad, bañada por la lluvia otoñal que empezó a caer con suave lentitud. Creo que conduje fatal. Cuando aparqué el coche en el garaje, se me habían vuelto a acumular litros de lágrimas en la garganta. Me costó lo mío contenerlas un rato más. No me apetecía regalar un espectáculo gratuito a los vecinos con los que me topara.

Al entrar en casa, tropecé con la pelota favorita de Fred. El berrinche estaba servido. Me dejé caer en el sofá. Lloré hasta que la lengua, seca y pegada al paladar, suplicó que la hidratara. Fui a la cocina y bebí agua con tal avidez que casi me atraganté. Una ira impotente reptó desde mis tripas al ritmo fluctuante de un *alien* borracho. Cogí una bolsa de basura del cajón donde vegetaban los cubiertos y muchos cachivaches inservibles, eché dentro todas las cosas del pobre Fred, abrí la puerta de la terraza y la arrojé fuera. De regreso en el salón, saqué de la vitrina una copa de la cristalería buena que me llevé del piso de mis padres. A Cecilia nunca le interesó, a nuestra madre ya no le hacía ninguna falta y a mí me hipnotizaba contemplar los destellos del cristal tallado desde que era niña. Qué mejor que una pieza de esa reliquia familiar para despedir a mi amigo perro con todos los honores.

Me preparé una copa de chardonnay bien frío. Saqué el móvil del bolso, quité el modo silencioso y lo dejé sobre la mesita auxiliar sin molestarme en mirar si había llamadas perdidas. Escarbé en la estantería de los DVD, siempre caótica, hasta que di con el de *Sombrero de copa*. Lo introduje en el reproductor. Por modernizarme me había suscrito a varias plataformas de *streaming*, pero nada mejor que los DVD para satisfacer mi vicio de cine musical de Hollywood. Ciertas perversiones requieren sus propios rituales. Nada más aparecer los títulos de crédito, me asaltó otra serie de sollozos. Cuando llegó la escena en la que Fred Astaire canta y baila ataviado con sombrero de copa negro, corbatín blanco, clavel en la solapa, frac y zapatos bicolors que hacen taptap sobre el brillante suelo

del escenario, andaba por el tercer lingotazo de vino y me desparramaba en el sofá con un principio de cogorza.

El sonido del móvil me hizo dar un brinco. Estuve tentada de no descolgar, pero lo pensé mejor. Me costó incorporarme. Miré primero la hora. ¡Las ocho ya! Parpadeé para afinar la vista. En la pantalla del móvil leí el nombre de Mabel, la única amiga que conservo de los tiempos del instituto. Nos distanciamos durante los años de universidad, cuando a ella la mandaron a estudiar a Pamplona, pero una noche de sábado nos reencontramos en un bar, las dos cuarentonas, sin pareja estable, únicos remanentes borrachos —y patéticos— de los respectivos grupos con los que habíamos iniciado la juega sabbatina. ¡Qué menos que reanudar nuestra vieja amistad!

No me apetecía nada hablar con ella ni con nadie. Tampoco estaba segura de que me respondiera la lengua. Mientras deliberaba conmigo misma si descolgaba, el sonsonete del móvil cesó bruscamente. Entonces me di cuenta de que había varias llamadas perdidas de Mabel. Debía hablar con ella. De lo contrario, se mosquearía y se montaría una película de terror en su fantasiosa cabeza. Hasta sería capaz de llamar a la policía, a los bomberos o a todos a la vez. Siempre tuvo un ramalazo teatrero.

—Dime... —farfullé cuando la voz de Mabel brotó del teléfono con tal energía que me destrozó el tímpano.

—Elisa, hija, ¿dónde estás que sueñas tan rara? —Antes de que le pudiera responder, añadió, más briosa si cabe—: Escucha, como no me cogías el teléfono antes, he empezado llamando a Susa y Noelia para salir de chicas esta noche. Hasta Anacrís va a venir. A esta hora, se-

guro que ya le habrá preparado la cena al muermo de su marido y se estará vistiendo para matar.

Me eché al colete un trago de vino. A esas alturas de nuestras vidas, salir de marcha significaba peregrinar de bar en bar pavoneándonos ante jovencitos que podrían ser nuestros hijos y seguramente andarían preguntándose qué clase de enfermedad mental nos empujaba a hacer el ridículo a nuestra proveyta edad. Y mientras nos poníamos en evidencia los fines de semana (cada vez más espaciados en el tiempo, lo admito), iban menguando las probabilidades de llevarnos al catre a un hombre que no fuera demasiado viejo, demasiado hortera, demasiado burro ni demasiado impotente. Cada vez me quedaban menos fuerzas para ese juego.

—No estoy de humor, Mabel. Hoy... —note cómo se me quebraba la voz—, hoy he llevado a Fred a... a que lo duerman, ya sabes...

Me eché a llorar. El silencio se espesó al otro lado. Por fin, Mabel exclamó:

—Elisa, ¿cómo no me has llamado? Te habría acompañado.

Me encogí de hombros como si ella pudiera verme. Las palabras se me habían pegado a la campanilla.

—La semana pasada no parecía estar tan mal —murmuró Mabel.

Inspiré hondo y me soné. El estruendo reverberó en el teléfono.

—Empeoró mucho estos últimos días y hoy... hoy Fermín le ha hecho una ecografía y estaba todo muy extendido... y me ha dicho que... que...

A pesar de mi desolación, intuí la reacción lúbrica de Mabel al mencionar al veterinario. Un día nos acompañó a Fred y a mí a su consulta y se prendó de él a primera vista. Se consagró a la noble causa de echarle el guante y se apuntaba cuando me tocaba llevar a Fred a las revisiones o a vacunar. Pero Fermín tiene un defecto. Dos, en realidad. O incluso tres. Está casado —al parecer felizmente—, es muy consciente del efecto que ejerce sobre las mujeres y se sabe todos los trucos con los que pretenden atraparle las audaces como Mabel. Cuanto más elaboradas son las trampas que le tienden, más habilidad muestra él para escabullirse sin quedar mal ni deshacer su hechizo. Creo que disfruta jugando al ratón y el gato con sus admiradoras.

—¿Sabes qué te digo? —arrancó la voz de Mabel con energía recuperada—. Esta noche no debes estar sola. Voy a decirles a las chicas que no se apliquen la pintura de guerra. Dentro de un rato nos tienes allí a las cuatro. Tú prepara un vino de esos tan buenos que te compras y nosotras llevaremos la cena. Algo rico y con muchas calorías. ¡Al diablo la dieta!

Me dio la risa. Desde que, a los cuarenta y siete, a Mabel se le metió en la cabeza que se estaba poniendo como un tonel, cosa que no era cierta entonces ni lo es ahora, la pobre hace dieta perpetua. Por suerte para ella, nunca consigue adelgazar más de tres kilos seguidos, y eso la salva de convertirse en un palo de escoba.

—¡En menos que canta un gallo oirás el toque de carga del Séptimo de Caballería acudiendo al rescate!

Volví a reírme. En su insana pasión por Errol Flynn, seguro que Mabel se habría dado la noche anterior un

atracción de *Murieron con las botas puestas*. Cuando vio de niña *Robin Hood*, se prendó de la cara angelical del galán y de los leotardos verdes que enfundaban las mejores piernas masculinas de la historia de Hollywood. Desde que entró en la cincuentena, lo que le arranca suspiros es la leyenda de que en las fiestas hollywoodienses el bueno de Errol tocaba el piano sin necesidad de usar las manos. Es lo que pasa cuando nos hacemos mayores, cambia el enfoque que les damos a las cosas.